

OTAN

# UNA ALTERNATIVA DE LA DERECHA

JORDI GARCIA PETIT

**D**URANTE la última campaña electoral ha intervenido un extraño consenso implícito entre los grandes partidos en el sentido de soslayar el tema del eventual ingreso de España en la OTAN. Actitud perfectamente comprensible por parte de la derecha, puesto que su posición favorable al ingreso hubiera permitido que la izquierda, globalmente opuesta, desarrollara en la confrontación electoral una serie de argumentos que la habrían presentado como más nacional e independiente del exterior, incluso ante sectores todavía no sensibles a los planteamientos sociales de la izquierda.

Tanto unos como otros han escamoteado a la opinión pública un tema que sin lugar a dudas se planteará dentro del próximo período parlamentario.

La cuestión estriba ahora en saber cuándo la derecha en el Gobierno tomará la iniciativa desencadenando abiertamente la ofensiva político-ideológica para arrastrar a España a la OTAN, que justamente en estas fechas cumple el XXX aniversario de su fundación.

Después del dramático fin del intento de incorporación de España al "nuevo orden europeo" nazi-fascista, el franquismo acostumbró al país a vivir de espaldas a la realidad internacional; consiguió que su aislamiento exterior en tanto que régimen fuera asumido en cierta manera como aislamiento nacional. Sus constantes glosas a "la amistad con el mundo árabe" y a los lazos con Hispanoamérica fueron interpretadas a nivel popular —correctamente, por otra parte— como una simple manifesta-

ción exterior del folklore del régimen. Otra consideración mereció —de intuitivo rechazo popular— nuestra subordinación militar, económica y cultural a los EE. UU. Fuera de esto, el franquismo no abordó ninguna política exterior seria. Ciertas prácticas monográficas como Gibraltar, el Vaticano o Portugal no constituyeron piezas de una estrategia global, sino casos aislados de la política de supervivencia del régimen.

De hecho, las únicas asomadas exteriores, por activa o por pasiva, con real incidencia han sido la emigración de millones de trabajadores y la inmigración de millones de turistas.

Ahora las cosas son distintas. Constitucionalizada la reforma, nuestro régimen político en trámite de homologación con los regímenes parlamentarios del sistema capitalista occidental, en avanzado proceso los reajustes entre las fracciones del capitalismo español y las nuevas formas de dependencia exterior, se impone la necesidad para los intereses dominantes de dotarse de una estrategia internacional que se corresponda en el exterior al esfuerzo de "modernización" interior de las estructuras.

Uno de los objetivos fundamentales de esa estrategia será la incorporación de España a la OTAN. Pero los problemas concretos que en este terreno tendrá que resolver la derecha, conjuntamente con los EE. UU., no son fáciles.

La enumeración de algunos de ellos permite deducir las respuestas que la izquierda deberá ir articulando con rigor, si no quiere hacerse cómplice de una nueva derrota popular —ésta en el

campo internacional— de muy graves consecuencias para los pueblos de España.

Entre las cuñas ideológicas que empiezan a utilizarse destaca la afirmación de que el ingreso en la OTAN no es sino parte de nuestro proceso de plena incorporación a la comunidad occidental: el Consejo de Europa, las Comunidades europeas y la OTAN (el orden en el Ingreso dependería sólo de razones coyunturales de adaptación). La falacia de esta argumentación reside tanto en ocultar la no coincidencia de los miembros de estas distintas organizaciones (Austria, Chipre, Irlanda, Malta, Suecia y Suiza no pertenecen a la OTAN y nadie osa negar su pertenencia a la comunidad occidental; Canadá y EE. UU. —éste el eje vertebrador de la OTAN, su polo hegemónico— no son miembros de las instituciones europeas citadas) como en ocultar la diferencia de sus fines: la OTAN continúa siendo una simple alianza militar por mucha elucubración jurídica que se eche sobre algunos de sus complementos funcionales secundarios, y las otras organizaciones tienen exclusivamente objetivos económicos y políticos, cuya profundización en un sentido democrático y progresivo sería positiva para Europa.

La actual obsolescencia militar de España en comparación con el tipo medio europeo de la OTAN es dramática, constituye una de las más nefastas herencias del franquismo, y es ahora una de las principales razones que obligan a ralentizar la marcha en la incorporación a la OTAN. La reforma militar en lo institucional y operativo es absolutamente necesaria,

tanto si se entra en la OTAN como si no.

Pero no es lo mismo planificar y materializar una reforma con la exclusiva finalidad de hacer aptas las FF. AA. para cumplir la función de apoyo que se les asignaría en la división internacional de la defensa en el marco de la OTAN, que preparar la reforma para convertirlas en auténtico instrumento de garantía de la seguridad exterior de España.

El sacrificio económico que habrá que hacer para la modernización de las FF. AA. representará una enorme carga presupuestaria, obligando incluso a aplazar la atención de algunas de las necesidades sociales que tanto esperan ver cubiertas las constantemente sacrificadas capas populares de este país; por eso es tan necesario que el sacrificio sea comprendido y compartido como algo que tiene sentido.

La seguridad nacional ha de objetivarse al máximo, y no puede formularse como un proyecto subjetivo que persiga fundamentalmente la seguridad para elementos parciales o coyunturales, como los intereses de una clase o de un régimen determinado. El capitalismo español no está dispuesto a sacrificio alguno para construir un sistema defensivo independiente con capacidad disuasoria suficiente. Si ha perdido ya su independencia económica nacional, lo más cómodo, barato y seguro para él, tal como anuncia la derecha política, es situarse bajo la protección del sistema atlántico para tratar así, al menos, de asegurar su supervivencia como capitalismo periférico. Las consecuencias de todo orden que conllevaría la in-



Reunión de la subcomisión militar de la OTAN en Lisboa, en 1978.

corporación de España a la OTAN, como una prolongación de nuestra actual subordinación a los EE. UU., pasan a segundo plano ante las seguridades complementarias que supone va a conseguir en el claustro materno del atlantismo. El reciente caso de un Portugal "estabilizado" desde la OTAN es una muestra reconfortante de las ventajas que ofrece la organización.

Resulta que para los intereses generales del país la gran oferta consiste en aumentar precisamente los riesgos sin aumentar el nivel de seguridad nacional. Por su posición geoestratégica, España se convierte para la OTAN en la mejor plataforma continental de retaguardia, en la "última trinchera", es decir, en el primer objetivo estratégico de la URSS como potencial agresor, o como agredido obligado a una respuesta defensiva. Nuestro ancho y torturado territorio serviría de gran almacén nuclear, de parque de maquinaria de destrucción y de campo de maniobras para otros países de la OTAN (Alemania, por ejemplo), que no disponen de la riqueza de unos

desolados campos como los nuestros. Primero fuimos coto de caza; después, coto turístico, y ahora, dentro de un contexto político, coto de ejercicios militares ajenos.

Al tratar la derecha el tema de la OTAN, y en general las cuestiones de la defensa exterior, tiende a marginalizar, incluso a "desconocer", el factor determinante de que la estrategia y el equilibrio de los bloques es hoy nuclear. El discurso del pro y las ventajas se hace pasar por el modelo convencional de contienda, al estilo de la última guerra mundial. Se cubren así dos frentes dialécticos: no asustar a la población ante el tremendo compromiso que significa la alineación en un bloque nuclearizado —al mismo tiempo que se incurre en la irresponsabilidad de eludir la educación de la población en materia de defensa pasiva—, y no explicar que nuestro ingreso en la OTAN supondría la definitiva condena a una estrategia dependiente de aporte convencional, es decir, la renuncia a la posibilidad de disponer independientemente de la única capacidad disuasoria eficaz frente a todos que es el

arma nuclear, incluso en cantidad y potencia mínimas. Hoy por hoy, la más pequeña de las potencias nucleares se halla en condiciones de disuadir al más poderoso agresor, ya que el coste en destrucción para él no lo compensaría el valor de la presa (tómese, si se quiere, como punto de referencia, el caso de Francia).

Puesto que España se encuentra en la zona de interés estratégico de la OTAN y ya se halla ligada bilateralmente a los EE. UU., su entrada en la OTAN no supondría de hecho ninguna alteración del actual equilibrio europeo. Con esta forma de razonar se pretende quitar importancia a la repercusión que para la distensión internacional tendría nuestra incorporación a la OTAN.

Si se afirma estar a favor de la distensión internacional, tal como repetidamente se ha dicho desde el último Gobierno de Suárez, la mejor manera de probarlo no es desde luego entrando ahora a formar parte de uno de los bloques.

Una URSS aprovecharía el impacto de nuestro ingreso en la OTAN para forzar una

mayor cohesión en su bloque. La experiencia de Rumanía como modelo de tendencia a una autonomía relativa en política internacional dentro del bloque soviético sufriría un seguro truncamiento. Los sectores prosoviéticos de Yugoslavia resultarían fortalecidos en la coyuntura particularmente delicada de la sucesión de Tito. Dado el carácter del régimen político y del sistema de Yugoslavia y su posición geoestratégica —pudiendo hablarse de una simetría España/OTAN Yugoslavia/Pacto de Varsovia—, la "compensación" equilibradora del Pacto podría darse en forma extrema con el pleno ingreso de Yugoslavia o a través de alguna fórmula de compromiso directo de ésta con el Pacto de Varsovia. En cualquier caso, Yugoslavia quedaría eliminada como pieza clave del grupo de países no-alineados.

El proceso que se desencadenaría puede convenir objetivamente a los dos polos hegemónicos del sistema bloquista. Tal vez los caminos del fortalecimiento de los bloques son también inescrutables. ■